

res. Acontece con estas sociedades lo propio que con las otras: la acción en común engendra cualidades nuevas y al objeto primitivo elemental añádense otros más vastos y elevados. En los países donde las cooperativas de consumo han prosperado, sobre todo en Inglaterra y en Suiza (1), han contribuido poderosamente á desarrollar el sentimiento de la solidaridad. Exigían, además de la rectitud y del desinterés, inteligencia y energía, sentimientos democráticos y aptitud para administrarse á sí mismos. Junto con las asociaciones profesionales, han sido la mejor escuela de la clase obrera y el medio más poderoso de la organización social de esta clase que, desde la supresión de la servidumbre y de las corporaciones, formaba una especie de masa caótica. Un resultado de capital importancia ha sido que el trabajo al servicio de estas sociedades ha formado un cuerpo de hombres de gran habilidad administrativa y capaces de hacerse cargo de los intereses generales. Esta evolución ha partido de abajo, por el ejercicio de las fuerzas en reducidas esferas y á menudo para intereses en apariencia insignificantes y del todo materiales. Procurarse subsistencias baratas no es sin embargo su único objeto. Han tenido igualmente en cuenta fines ideales, en particular la cultura intelectual y estética de sus miembros; así, abundan las cooperativas que tienen en su local salas de audición y bibliotecas. Además, por medio de capitales comunes, se llega á menudo á fabricar para la sociedad artículos de primera necesidad, y la experiencia ha demostrado que las sociedades de producción formadas de este modo gozan vida más sana que las que no tienen el mismo punto de apoyo, y no degeneran

(1) Beatrice Webb: *Die britische Genossenschaftsbewegung*. Leipzig, 1893.—Hans Müller: *Die schweizerischen Konsumgenossenschaften*. Basilea, 1896.

tan fácilmente en simples sociedades por acciones.

No hay necesidad de exponer cómo las tres leyes fundamentales de la evolución moral se manifiestan aquí lo propio que en las asociaciones precedentemente citadas. Sea cual fuere el porvenir reservado á estas asociaciones y á otras parecidas, es lo cierto que su historia encierra las experiencias más importantes que el género humano ha llevado á cabo durante el último siglo. Las formas de sociedad que se desarrollan en el terreno de la libertad, tienen la gran ventaja de haber nacido de exigencias que se han manifestado espontáneamente sin ser productos de esfuerzos artificiales. Realizan primeramente un ensayo en pequeñas esferas antes de tomar más considerable extensión, y nos demuestran de qué modo el imperio sobre sí mismo, la simpatía y el gusto por los bienes ideales despiertan desde que los hombres luchan en común por la existencia y no se limitan á seguir ciegamente y cada cual por su lado el instinto de conservación personal.

B.—ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO POR MEDIO DE LA INTERVENCIÓN DEL ESTADO Y DE LA COMUNIDAD

7. Los fenómenos sociales que acabamos de describir entran de lleno en las ideas de la asociación libre de cultura. Consistían en una unión libre cuya razón de existencia era el esfuerzo para el logro de fines comunes. Su valor moral residía en las transformaciones y substituciones psicológicas provocadas por la vida en el seno de estas asociaciones, y en los deberes, las tareas y los nuevos conflictos que relativamente se ocasionaban á sí mismas. Ahora bien: la cuestión estriba naturalmente en saber qué relaciones estas asociaciones libres de cultura sos-

tienen con las formas sociales cuya organización no se abandonó á las continuaciones espontáneas ó premeditadas de las fuerzas libres, sino que necesariamente se prosiguieron por la fuerza y la violencia. Si por *socialismo* se entiende la idea según la cual el Estado ó la comunidad deberían disponer de todos los medios de producción y determinar su empleo lo propio que la distribución de beneficios, tendremos ante nosotros la cuestión de las relaciones de la libre asociación de cultura con el socialismo. Pero hay que tener en cuenta que la palabra «socialismo» se emplea para significar concepciones sociales muy diferentes, cosa que no deben olvidar particularmente aquellos á quienes el mero empleo de esta palabra basta para sumirlos en un mar de inquietudes. Bajo todas sus formas, el socialismo significa la lucha y la admiración por un ideal social futuro; pero los rasgos particulares de esta imagen ideal, y más aún las relaciones particulares del futuro ideal entero con el estado de cosas actual, lo mismo que la manera como debe realizarse el paso del estado presente al estado futuro, pueden presentarse de modo muy distinto en las diversas teorías. He aquí porqué vamos á caracterizar brevemente las principales formas del socialismo. Si las ordenamos en sucesión histórica, veremos la evolución de las ideas socialistas progresar de una manera rítmica, y resultar de una acción recíproca que se establece entre ellas y las condiciones históricas.

a. Platón ha descrito en su *República* una sociedad ideal donde se suprime la propiedad privada en lo que concierne á las clases directoras para permitirles consagrarse á los intereses públicos y á los trabajos intelectuales. Bajo su influencia, pero sobre todo impulsado por las condiciones tal cual existían en Inglaterra hacia fines de la Edad media, escribió Thomas Morus su libro de la *Utopía* (1516). Un

siglo después, Campanella, en la prisión donde le había arrojado su participación en los movimientos sociales y políticos de la Italia del sud, escribió su *Ciudad del sol* (*Civitas solis*, 1623 (1)). Lo mismo en la *República* de Platón que en la *Utopía* y la *Ciudad del Sol*, el orden social se establece por medio de leyes coercitivas. No se distingue aún el Estado de la sociedad y se ignora todavía el poder de las fuerzas libres. El principal interés de estas ideales construcciones reside en su crítica de las condiciones sociales reales que presuponen. Lo que produce los ideales sociales, es la injusticia y la miseria, y esto por un efecto de contraste. Adóptase aquí el mismo criterio que hemos establecido precedentemente, aunque la aplicación de este criterio no se haga con entero rigor. Lo que caracteriza sobre todo la forma de socialismo representada por estas obras, es que la imagen del porvenir está en ellas pura y simplemente yuxtapuesta al estado presente, como su contrario, sin que se trate de demostrar cómo podría realizarse el paso del presente al porvenir. En todas épocas, la actitud crítica en vista del estado real y la fe entusiasta en el ideal han caracterizado el socialismo; y ora uno ora otro de estos elementos han adquirido preponderancia. Debe su influencia considerable á la vez que á su crítica de la realidad establecida, á la indignación que contra ella siente y al atractivo de la imagen que se hace del porvenir. Los hombres no se contentan únicamente con crítica: les son precisas también grandes imágenes, capaces de llenar su espíritu y de dar un contenido determinado á su necesidad de esperanza, y esta necesidad, Platón, Morus y Campanella la satisfacen de conformidad con las condiciones históricas. Las formas posteriores del

(1) Véase *Geschichte der neueren Philosophie*, I, p. 172.

socialismo se esfuerzan de diversas maneras para hallar intermediarios entre la duda y la fe, entre la imagen sombría del presente y la imagen brillante del porvenir.

b. Una serie de hombres de los comienzos del siglo XIX fundaron grandes esperanzas en el trabajo común de las fuerzas libres. Saint Simon (1), Carlos Fourier y Roberto Owen estuvieron concordes en esta *idea fundamental*, según la cual podría remediarse la miseria y la injusticia nacidas de la explotación de los hombres unos por otros, si los hombres se uniesen entre sí para explotar en común la naturaleza. Esta es ya una indicación precisa de la vía que debe seguirse para alcanzar el fin ideal. Pero el defecto de estos teóricos estriba en que no conocen medio alguno de hallar esta senda, esto es la formación de sociedades libres y de vínculos fraternales. Discurren primeramente en reuniones de hombres los cuales se proponen, llevados de su entusiasmo filantrópico, realizar directamente el ideal social. Este *socialismo filantrópico* se acerca, pues, ya más á la realidad que la antigua concepción, que podría designarse con el nombre de *socialismo utópico*; pero todavía le faltan varios intermediarios. Sin embargo — y no es éste el lado menos interesante — el entusiasmo que le animaba no perdió su utilidad, si bien fué una causa activa importante en el curso de la evolución social. Estos fueron en gran parte los discípulos que Saint Simon, Fourier y Owen tuvieron en la clase obrera, cuyo entusiasmo y espíritu práctico provocaron la fundación de las asociaciones profesionales, de las cooperativas de

(1) Acerca de este hombre, cuyas ideas tuvieron importancia considerable para la evolución de la filosofía, vease mi *Geschichte der neueren Philosophie*, II, páginas 348-353.

consumo y de producción. Las cooperativas de producción, en particular, son creación de los sansimonianos; de ellos las copiaron los «socialistas cristianos» ingleses. Las ideas y los discípulos de Owen han representado un papel esencial en la historia de las asociaciones profesionales y de las cooperativas de consumo inglesas. En cuanto al movimiento cooperativo suizo, debe su espíritu á las ideas fourieristas, pero sufrió más tarde la influencia del movimiento inglés. De este modo quedó demostrado que no basta empezar por las ideas, sino que la necesidad natural y el desarrollo espontáneo de la vida deben coincidir con el movimiento de ellas. Es preciso que la experiencia y la construcción obren de común acuerdo. Esto ha sido posible gracias á la separación, ocasionada por las reformas y los descubrimientos del siglo XVIII, entre el Estado y la sociedad. En adelante, pudo producirse una libre evolución social gracias á la cual logróse someter nuevas ideas á la prueba inferior, en esferas restringidas, de manera que la vía superior por la ley y la coacción, no fué ya la única posible.

c. En tanto los socialistas filantrópicos pensaban sobre todo en la organización libre de las fuerzas emancipadas por la gran Revolución, la tercera de las formas principales del socialismo señala un retroceso hacia el socialismo utópico, al predicar que el Estado debe apoderarse de todos los medios de producción. Cree, sin embargo, dejar atrás el utopismo, deduciendo y demostrando científicamente lo que no era en este último sino objeto de fe ó de indignación. Esta doctrina toma ante el socialismo utópico á poca diferencia la misma posición que ocupaba, en el periodo romántico, la filosofía especulativa ante la religión positiva: el contenido es el mismo; la diferencia reside sólo en la forma

científica (1). Por otra parte, no se debe al azar que los fundadores de esta doctrina procedan de la escuela hegeliana, la cual acepta de buen grado el nombre de socialismo científico, y no el de *socialismo especulativo* que le sentaría mejor. El valor científico que incontestablemente poseen los dos fundadores de esta doctrina, Friedrich Engels y Karl Marx, débese sobre todo á que han sostenido el carácter histórico de las nociones y de las leyes económicas cuando se las consideraba ordinariamente como ideas y verdades eternas. Esto se debe á que Engels y Marx vinculan la cuestión social al conjunto de la evolución histórica. Pero consideran este enlace de tal suerte, que no parece sino que la historia total del mundo debe gravitar alrededor de estas cuestiones económicas. Toda organización social, toda moral y todo derecho, todas las ideas políticas y religiosas dependen, según Marx, de las condiciones económicas. La cultura ideal entera no viene á ser, pues, sino el modo como los hombres adquieren conciencia de las condiciones económicas de su existencia. En particular, la misma ciencia social es el producto de un movimiento histórico en el sentido de condiciones económicas nuevas, y no — como entre los utopistas y los filántropos — un sistema más ó menos bien imaginado. La verdadera ciencia social nace cuando se tiene conciencia de los hechos realizados ó en camino de realizarse. Ahora bien: los hechos realizados helos aquí: por consecuencia de la distribución histórica del poderío, se ha producido una división del trabajo, la cual ha separado á los obreros de los medios de trabajo (el terreno y los instrumentos) mientras que el capital se ha concentrado en un número de manos

(1) Véase *Geschichte der neueren Philosophie*, II, p. 205-209.

relativamente restringido. La introducción de la maquinaria ha sido causa de que los obreros quedesen reducidos totalmente á la dependencia de los patronos, y una vez los capitalistas han expropiado á la clase obrera, los pequeños capitalistas se ven á su vez expropiados por los grandes. Nos hallamos, pues, como en una especie de remolino, en el que se ve una desproporción manifiesta entre la fuerza productiva, que hay que buscar únicamente en el trabajo, y la organización de la producción, que hace afluir la porción más considerable de la riqueza á las manos de aquellos que no trabajan, es decir, de los capitalistas. En esta desproporción, que cada día va en aumento, consiste la cuestión social. La solución sólo podrá obtenerse cuando el orden actual habrá agotado todas sus consecuencias, y esto se producirá en el momento en que la concentración de los capitales alcance tales proporciones, que permita al Estado expropiar fácilmente al reducido número de los capitalistas restantes. La transformación se operará, pues, por una negación de la negación: los que hasta aquí fueron expropiadores, se convertirán en expropiados (1). Pero la condición de esta transformación consiste en que los obreros se unan en grandes asociaciones y estén prontos á hacerse dueños del poder, á la vez que los grandes progresos técnicos, facilitando la explotación en común, la vuelvan necesaria á causa del precio elevado de los medios de trabajo. Ante todo, es preciso que los obreros tengan conciencia de su misión y de su fuerza. Sólo la lucha de clases puede arrancar el poder á los que actualmente lo detentan. Y este es el punto donde las ideas especulativas de Marx alcanzan á la acción social.

El rasgo más característico de esta doctrina es la

(1) Karl Marx. *Das Kapital*, I^o, Hamburgo, 1872, p. 703.

manera del todo deductiva en que se funda. Deriva de una teoría general de filosofía histórica, según la cual, las condiciones económicas formarían la base de toda cultura. La cultura ideal no sería, pues, sino el efecto ó el reflejo de la cultura material. Así vemos en el trabajo, que aquí significa el trabajo material, el origen de todo valor, y niégase que la evolución histórica esté determinada, de cualquier modo que sea, por factores ideales. Trátase únicamente de la lucha por el pan, á despecho de los numerosos disfraces que este móvil primordial es capaz de revestir.

Ahora bien: la relación de la economía con la moral, de la cultura material con la cultura ideal, está muy lejos de ser igualmente sencilla. Verdaderamente es exacto que la cultura ideal implica necesariamente la cultura material, en el sentido de que para vivir por el espíritu, es preciso ante todo vivir, y que puede vivirse sin vivir por el espíritu. Pero no se sigue de esto que la cultura ideal sea simplemente el efecto ó el reflejo de la cultura material. Cuando las exigencias materiales de la vida se hallan satisfechas en cierta medida, la energía que no se emplea con este objeto, puede dedicarse á ocupaciones espirituales, á sentimientos é ideas, al arte, á la religión, á la ciencia. Pero esta transferencia no es cosa evidente por sí misma, y aquí se presentan problemas que Marx no tuvo en cuenta. Por lo demás, la cultura ideal, una vez desarrollada, reacciona sobre la cultura material. Esto se produce ya en condiciones tan primitivas, que no conocemos pueblo alguno donde en la lucha por la existencia no haya influido la religión, la tradición y la moral. La «ideología» es ya desde el principio un factor de la evolución que ninguna teoría de filosofía histórica debe descuidar. Aun admitiendo que las ideas suscitadas por la lucha por la existencia

no sean, en su origen, sino medios y rodeos para obtener el fin material, conviértense pronto, sin embargo, ellas mismas en fines, y reciben un valor por sí mismas. Puede suceder, por ejemplo, que el obrero, considerado individualmente, no se una á sus camaradas más que para obtener con ello una ventaja determinada; pero, á no tardar, el honor y el progreso de su clase se convertirán para él en fines que perseguirá sin segundas intenciones egoistas. Las substituciones de motivos de este género vuelven las cosas más complejas de lo que podría admitirlas la exposición puramente deductiva de Marx.

La teoría de Marx pretende describir la evolución social como absolutamente independiente de todo motivo ideal. Pero la historia del problema social y la del mismo socialismo demuestran que estos motivos intervienen de hecho. Por otra parte, hemos visto ya precedentemente (IV, 6) que la misma conciencia moral es también asimismo una fuerza, un término en la serie causal que determina la evolución. Según Marx, toda teoría, toda «ideología» no es sino la conciencia de lo que sucede; pero ¿qué valor puede asignarse á lo que se agita en el cerebro de un mayor ó menor número de individuos, si esto no tiene ningún valor práctico? Marx admite también que existe algo más que un interés teórico en hallar la ley del movimiento económico de una sociedad. En el prefacio del *Capital*, escribe: «Aun cuando una sociedad haya llegado á descubrir la ley natural que rige su movimiento, no le sería posible pasar ni suprimir las fases naturales de la evolución; pero puede abreviar y suavizar los dolores del alumbramiento.» Esta abreviación y endulzamiento exceden ya lo que Marx podía lógicamente conceder. De una manera general, Marx admite un número mucho mayor de postulados de los que quiere confesar. Su teoría es propiamente una teoría moral; el

resultado á que llega, descansa sobre un postulado moral que deja percibir en ciertos parajes, entre otros cuando dice que al hombre no se le debe tratar solamente como un medio sino siempre y al propio tiempo como un fin. Este postulado, en que se encuentra la razón del enojo que en su exposición descubre, por sabio y laborioso que sea, está expresado en la proposición siguiente: «En el modo de producción (capitalista) el obrero existe por la necesidad de realizar valores actuales en lugar de que sea, al contrario, la riqueza real la que exista para las necesidades de desarrollo de los obreros.» (*Das Kapital*, I² p. 646). ¿De dónde saca, pues, Marx la razón del porqué la riqueza existe? Por un método puramente histórico, y aun añadiéndole la deducción que permite, no puede averiguar nada respecto al fin en vista del cual la riqueza se empleará algún día como consecuencia de una ley necesaria de evolución. Marx interviene sin embargo aquí en su exposición para intercalar en ella una apreciación personal. La proposición citada contiene el germen de toda una moral. Si se adopta la apreciación práctica que le sirve así de base, compréndese mejor de qué modo el conocimiento de la ley de evolución puede tener por efecto «abreviar y suavizar.» Es la indignación producida por el alejamiento en que el ideal se encuentra respecto de la realidad, la que sirve de estimulante y de sostén en la lucha contra los obstáculos. La propia «ideología» de Marx es arma poderosa en sus manos y en las de sus discípulos, y ha surgido no ciertamente en defensa de un interés puramente teórico, sino por su aptitud para servir de arma. En vano trata Marx de negar ó disimular el idealismo recubierto por su actitud y condición necesaria al propio tiempo para el éxito de una cosa tan considerable en la historia como es la creación de un nuevo orden social. Colócase en

un punto de vista moral, sin querer convenir en ello.

En sus indicaciones sobre la marcha que debe seguirse para llegar al fin, Marx insiste sobre todo en la lucha de clases. A sus ojos, este es el fenómeno más importante de la evolución social moderna (1). No es del todo justo, sin embargo, atenderse al lado negativo de la cuestión. Cuando una nueva capa social tiene que abrirse paso, ha de sostener naturalmente un duro combate contra las capas que detentaban hasta entonces la totalidad del poder social, y este combate no se libra nunca sin efusión de sangre. Pero no es preciso insistir exclusivamente en la oposición contra las demás clases. La unión, la fraternidad recíproca entre los obreros, que la lucha ha hecho necesarias, engendran cualidades nuevas. Gracias á la unión y por medio de la cultura y de la instrucción adquirida en el servicio de los fines comunes, el individuo aprende á conocer mejor sus deberes y sus derechos, en tanto es órgano puesto al servicio de la humanidad. A causa de este sentimiento creciente de su valor, debido al poder material de que disponen las asociaciones y de su influencia política, los obreros irán convirtiéndose paulatinamente en fines y no en simples medios, en el proceso social. Si Marx no pone más claramente de relieve este lado de la cuestión es porque, según su teoría, la concentración creciente de los capitales aumenta paralelamente la miseria, la opresión, la servidumbre y la depredación, y por este camino acabará por acarrear la catástrofe que

(1) En la exposición del marxismo que Werner Sombart ha dado en sus conferencias de Zürich, ha insistido particularmente sobre este aspecto de la cuestión. Estas conferencias, lo mismo que la discusión originada por ellas, publicáronse en Berna en 1897, y se tradujeron al francés bajo el título de *Le socialisme et le mouvement social au XIX^e siècle*. Paris, Giard y Brière.

expropiará á los expropiadores. Ahora bien; la influencia educadora ejercida por las asociaciones en los obreros, las constantes mejoras que desarrollan en las condiciones de vida, no concuerdan bien con la teoría de la catástrofe. Si Marx hubiese atribuido un valor positivo á las asociaciones, le hubiera sido imposible hacer la deducción de la catástrofe.

A pesar del carácter científico que cree haber dado al socialismo, Marx no ha roto, sin embargo, por completo con la utopía. Echase de ver no sólo en la seguridad con que predice la catástrofe, sino también en las indicaciones, raras y breves sin duda, que da sobre el estado social destinado á sucederle. Después de la expropiación del corto número de capitalistas restantes por la masa entera del pueblo, ninguna diferencia de clase deberá existir ya. En uno de sus escritos más antiguos leemos (1): «¿Es de presumir que, después de la caída de la antigua sociedad, habrá una nueva dominación de clase, que se resumirá en un nuevo poder político? No. La condición de emancipación de la clase laboriosa, estriba en la abolición de toda clase... no habrá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo en la sociedad civil». Ahora bien, una sociedad sin «poder político propiamente dicho» no es más ni menos que una utopía, la cual deja atrás las imaginadas por Platón, Morus y Campanella, ya que en el Estado ideal de éstos figura un poder político organizado. En sus escritos posteriores, Marx se expresa de un modo poco preciso y negativo refiriéndose al Estado de la sociedad futura. Él y sus partidarios estiman que habrá tiempo de sobras para hablar de tal Estado una vez des-

(1) *Misère de la philosophie*, nueva edición. Paris, Giard y Brière, 1896, p. 243.

truido el actual orden de cosas. Esta opinión concuerda, por otra parte, con la teoría de la catástrofe, según la cual «La Revolución» debe abrir el camino á algo absolutamente opuesto á lo que actualmente existe; pero está en contradicción con la experiencia, que nos muestra el pasado preparando el porvenir de una manera no sólo negativa, sino positiva al propio tiempo. Por lo demás, estamos ya lejos de la confiada candidez que los antiguos utopistas sentían por las construcciones de la imaginación, y las vagas indicaciones que hoy nos permitimos, afectan más bien el carácter de medios ante la agitación, que el de partes necesarias de la teoría.

d. Por oposición al socialismo utópico, filantrópico y especulativo, se manifiesta en estos tiempos, sobre todo en Inglaterra, una tendencia á la que, con bastante exactitud, puede aplicarse el nombre de *socialismo empirico*. Este no se propone construir una imagen del porvenir; se da cuenta de que los deseos filantrópicos no bastan, y que es preciso contentarse con pedir y probar lo que en las actuales condiciones es realizable; no se deja arrastrar á deducciones de filosofía histórica, y en cambio pretende proceder inductivamente y ensayar las soluciones posibles fundándose en experiencias precisas. No sólo por prudencia crítica se prescriben estos límites, sino principalmente y ante todo porque, más que otra forma cualquiera de socialismo, reconoce la libertad como medio y como fin. Una organización social, para que tenga valor real debe consistir en la unión de las fuerzas libres. Por esto se atribuye tanta importancia á las organizaciones obreras libres de que precedentemente hemos hablado. Es preciso servirse de las formas y de los grados inferiores de la libertad para producir las formas y los grados superiores. Se reprocha al sistema capitalista el impedimento que opone al desarrollo de la per-

sonalidad en muchos hombres, convirtiendo en duras y precarias sus condiciones de existencia. Se trata de asegurar á los obreros cierto nivel económico (*standard of life, Lebenshaltung*) que les permita adquirir y conservar un nivel mental más elevado. Por socialismo (ó por colectivismo, como generalmente se le llama hoy) compréndese aquí una doctrina según la cual incumbe á la sociedad asegurar al trabajo condiciones tales, que no impidan el desarrollo físico y mental de los obreros. Al propio tiempo, hay que tener en cuenta las diferentes fuerzas de los individuos: el débil trabajará según sus débiles medios, el fuerte con más vigor. Hay que preocuparse de la estabilidad de las condiciones económicas, para que desaparezca el sentimiento paralizador de la inseguridad. Las condiciones exteriores, físicas y sociales, en que vive el hombre, determinan en gran parte su carácter. Por esto es preciso ocuparse en disponer el mecanismo social en tan vasta escala como sea posible y de tal modo que sus resultados sean beneficiosos para el carácter. Conformarse con las disposiciones filantrópicas de los patronos no puede servir aquí de nada. Los mismos obreros, sólo por experiencia son capaces de apreciar el valor de las condiciones de vida sanas, puras y elevadas. He aquí por qué corresponde á la sociedad, al Estado y á la comunidad llevar á cabo para la masa de la población condiciones higiénicas y morales tan buenas como sea posible. Es preciso que la clase obrera y sus porta-vozes utilicen los derechos cívicos que deben al individualismo radical para obtener, por medio de comisiones escolares, los consejos municipales y el Parlamento, creciente influencia sobre la vida pública. Asimismo pueden practicarse experiencias y recoger enseñanzas susceptibles de proporcionar indicaciones sobre la evolución futura. El socialismo de Estado parte

de arriba y ejerce su acción por medio de un régimen burocrático y doctrinario en su fondo. El mismo socialismo empírico insiste sobre todo en pedir la administración autónoma para las asociaciones profesionales y cooperativas, en la comunidad y el Estado; partiendo de pequeñas esferas, acciona luego en otras más vastas, y trata de desarrollar primero las fuerzas del pueblo por medio del trabajo en tareas modestas, de manera que puedan enseguida emplearlas en otras más considerables. Un hecho característico consiste en que el socialismo empírico (1) tenga por patria á Inglaterra, y el socialismo especulativo, por el contrario, Alemania (2). Mientras que el socialismo especulativo recuerda sobre todo á los utopistas, el socialismo empírico se re-

(1) La mejor exposición que de él conozco se encuentra en el artículo de Sidney Ball: *The moral aspect of socialism* (Internat. Journal of Ethics, VI. Véase en los tomos VI y VII, la discusión promovida por este artículo). He tomado la expresión de «socialismo empírico» de Sidney y B. Webb: *History of the Trade-unionism*. Las obras históricas de estos autores demuestran de qué modo se ha desarrollado el socialismo empírico. Consúltese igualmente la obra de Hans Müller sobre las cooperativas suizas de consumo. — Desde 1833, la *Fabian Society* de Londres trabaja en el mismo sentido por medio de artículos y conferencias. — El punto de vista del socialismo empírico no es muy diferente del en que se coloca John Stuart Mill respecto á la cuestión social (*Geschichte der neueren Philosophie*, II, p. 475-478). El de Eugenio Dühring (*obra cit.*, p. 629) no parece diferenciarse mucho del anterior.

(2) El marxismo es un derivado de la filosofía especulativa alemana. En 1891, F. Engels declaraba aún que los socialistas alemanes estaban orgullosos de apellidarse partidarios, no sólo de Saint-Simon, de Fourier y de Owen, sino también de Kant, de Fichte y de Hegel: así el movimiento obrero alemán sería el heredero de la filosofía clásica alemana! Werner Sombart: *Friedrich Engels, Ein Blatt zur Ent-Wicklungsgeschichte des Sozialismus*, Berlin, 1895, p. 13.